

Capítulo 41—La crisis en Galilea

Este capítulo está basado en Juan 6:22-71.

Cuando Cristo prohibió a la gente que le declarara rey, sabía que había llegado a un momento decisivo de su historia. Mañana se apartarían de él las multitudes que hoy deseaban exaltarle al trono. El chasco que sufriera su ambición egoísta iba a transformar su amor en odio, su alabanza en maldiciones. Aunque sabía esto, no tomó medidas para evitar la crisis. Desde el principio, no había presentado a sus seguidores ninguna esperanza de recompensas terrenales. A uno que vino deseando ser su discípulo, le había dicho: “Las zorras tienen cavernas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recueste su cabeza.”¹ Si los hombres pudiesen haber tenido el mundo con Cristo, multitudes le habrían tributado fidelidad; pero no podía aceptar un servicio tal. Entre los que estaban relacionados con él, muchos habían sido atraídos por la esperanza de un reino mundanal. Estos debían ser desengañados. La profunda enseñanza espiritual que hay en el milagro de los panes no había sido comprendida. Tenía que ser aclarada. Y esa nueva revelación iba a traer consigo una prueba más detenida.

La noticia del milagro de los panes se difundió lejos y cerca, y muy temprano a la mañana siguiente, la gente acudió a Betsaida para ver a Jesús. Venía en grandes multitudes, por mar y tierra. Los que le habían dejado a la noche anterior, volvieron esperando encontrarle todavía allí; porque no había barco en el cual pudiese pasar al otro lado. Pero su búsqueda fué infructuosa, y muchos se dirigieron a Capernaúm, siempre buscándole.

Mientras tanto, él había llegado a Genesaret, después de sólo un día de ausencia. Apenas se supo que había desembarcado, la gente, “recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba.”² Después de un tiempo, fué a la sinagoga, y allí le encontraron los que habían venido de Betsaida. Supieron por sus discípulos cómo había cruzado

[348]

el mar. La furia de la tempestad y las muchas horas de inútil remar contra los vientos adversos, la aparición de Cristo andando sobre el agua, los temores así despertados, sus palabras consoladoras, la aventura de Pedro y su resultado, con el repentino aplacamiento de la tempestad y la llegada del barco, todo esto fué relatado fielmente a la muchedumbre asombrada. No contentos con esto, muchos se reunían alrededor de Jesús preguntando: “Rabbí, ¿cuándo llegaste acá?” Esperaban oír de sus labios otro relato del milagro.

Jesús no satisfizo su curiosidad. Dijo tristemente: “Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os hartasteis.” No le buscaban por algún motivo digno; sino que como habían sido alimentados con los panes, esperaban recibir todavía otros beneficios temporales vinculándose con él. El Salvador les instó: “Trabajad no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece.” No busquéis solamente el beneficio material. No tenga por objeto vuestro principal esfuerzo proveer para la vida actual, pero buscad el alimento espiritual, a saber, esa sabiduría que durará para vida eterna. Sólo el Hijo de Dios puede darla; “porque a éste señaló el Padre, que es Dios.”

Por el momento se despertó el interés de los oyentes. Exclamaron: “¿Qué haremos para que obremos las obras de Dios?” Habían estado realizando muchas obras penosas para recomendarse a Dios; y estaban listos para enterarse de cualquier nueva observancia por la cual pudiesen obtener mayor mérito. Su pregunta significaba: ¿Qué debemos hacer para merecer el cielo? ¿Cuál es el precio requerido para obtener la vida venidera?

“Respondió Jesús y díjoles: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.” El precio del cielo es Jesús. El camino al cielo es por la fe en “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”³

Pero la gente no quería recibir esta declaración de la verdad divina. Jesús había hecho la obra que la profecía había predicho que haría el Mesías; pero no habían presenciado lo que sus esperanzas egoístas habían representado como obra suya. Cristo había alimentado en verdad una vez a la multitud con panes de cebada; pero en los días de Moisés, Israel había sido alimentado con maná durante cuarenta años, y se esperaban bendiciones mucho mayores del Mesías. Con corazón desconforme, preguntaban por qué, si Jesús

podía hacer obras tan admirables como las que habían presenciado, no podía dar a todos los suyos salud, fuerza y riquezas, librarlos de sus opresores y exaltarlos al poder y la honra. El hecho de que aseverara ser el Enviado de Dios, y, sin embargo, se negara a ser el Rey de Israel era un misterio que no podían sondear. Su negativa fué mal interpretada. Muchos concluyeron que no se atrevía a presentar sus derechos porque él mismo dudaba del carácter divino de su misión. Así abrieron su corazón a la incredulidad, y la semilla que Satanás había sembrado llevó fruto según su especie: incomprensión y deserción.

Ahora, medio en tono de burla, un rabino preguntó “¿Qué señal pues haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dió a comer.”

Los judíos honraban a Moisés como dador del maná, tributando alabanza al instrumento, y perdiendo de vista a Aquel por quien la obra había sido realizada. Sus padres habían murmurado contra Moisés, y habían dudado de su misión divina y la habían negado. Ahora, animados del mismo espíritu, los hijos rechazaban a Aquel que les daba el mensaje de Dios. “Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dió Moisés pan del cielo; mas mi Padre os dió el verdadero pan del cielo.” El que había dado el maná estaba entre ellos. Era Cristo mismo quien había conducido a los hebreos a través del desierto, y los había alimentado diariamente con el pan del cielo. Este alimento era una figura del verdadero pan del cielo. El Espíritu que fluye de la infinita plenitud de Dios y da vida es el verdadero maná. Jesús dijo: “El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.”

Pensando todavía que Jesús se refería al alimento temporal, algunos de sus oyentes exclamaron: “Señor, danos siempre este pan.” Jesús habló entonces claramente: “Yo soy el pan de vida.”

[350] La figura que Cristo empleó era familiar para los judíos. Moisés, por inspiración del Espíritu Santo, había dicho: “El hombre no vivirá de solo pan, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová.” Y el profeta Jeremías había escrito: “Halláronse tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fué por gozo y por alegría de mi corazón.”⁴ Los rabinos mismos solían decir que el comer pan, en su significado espiritual, era estudiar la ley y practicar las buenas obras; se decía a

menudo que cuando viniese el Mesías, todo Israel sería alimentado. La enseñanza de los profetas aclaraba la profunda lección espiritual del milagro de los panes. Cristo trató de presentar esta lección a sus oyentes en la sinagoga. Si ellos hubiesen comprendido las Escrituras, habrían entendido sus palabras cuando dijo: “Yoy soy el pan de vida.” Tan sólo el día antes, la gran multitud, hambrienta y cansada, había sido alimentada por el pan que él había dado. Así como de ese pan habían recibido fuerza física y refrigerio, podían recibir de Cristo fuerza espiritual para obtener la vida eterna. “El que a mí viene—dijo,—nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” Pero añadió: “Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.”

Habían visto a Cristo por el testimonio del Espíritu Santo, por la revelación de Dios a sus almas. Las evidencias vivas de su poder habían estado delante de ellos día tras día, y, sin embargo, pedían otra señal. Si ésta les hubiese sido dada, habrían permanecido tan incrédulos como antes. Si no quedaban convencidos por lo que habían visto y oído, era inútil mostrarles más obras maravillosas. La incredulidad hallará siempre disculpas para dudar, y destruirá por sus racionios las pruebas más positivas.

Cristo volvió a apelar a estos corazones obcecados. “Al que a mí viene, no le echo fuera.” Todos los que le recibieran por la fe, dijo él, tendrían vida eterna. Ninguno se perdería. No era necesario que los fariseos y saduceos disputasen acerca de la vida futura. Ya no necesitaban los hombres llorar desesperadamente a sus muertos. “Esta es la voluntad del que me envió, del Padre: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero.”

Pero los dirigentes del pueblo se ofendieron, “y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?” Refiriéndose con escarnio al origen humilde de Jesús, procuraron despertar prejuicios. Aludieron despectivamente a su vida como trabajador galileo, y a su familia pobre y humilde. Los asertos de este carpintero sin educación, dijeron, eran indignos de su atención. Y a causa de su nacimiento misterioso, insinuaron que era de parentesco dudoso, presentaron así las circunstancias humanas de su nacimiento como una mancha sobre su historia.

Jesús no intentó explicar el misterio de su nacimiento. No contestó las preguntas relativas a su descenso del cielo, como no había contestado las preguntas acerca de cómo había cruzado el mar. No llamó la atención a los milagros que señalaban su vida. Voluntariamente se había hecho humilde, sin reputación, tomando forma de siervo. Pero sus palabras y obras revelaban su carácter. Todos aquellos cuyo corazón estaba abierto a la iluminación divina reconocerían en él al “unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.”⁵

El prejuicio de los fariseos era más hondo de lo que sus preguntas indicaban; tenía su raíz en la perversidad de su corazón. Cada palabra y acto de Jesús despertaba en ellos antagonismo; porque el espíritu que ellos albergaban no podía hallar respuesta en él.

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Así que, todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí.” Nadie vendrá jamás a Cristo, salvo aquellos que respondan a la atracción del amor del Padre. Pero Dios está atrayendo todos los corazones a él, y únicamente aquellos que resisten a su atracción se negarán a venir a Cristo.

[352] En las palabras, “serán todos enseñados de Dios,” Jesús se refirió a la profecía de Isaías: “Y todos tus hijos serán enseñados de Jehová; y multiplicará la paz de tus hijos.”⁶ Este pasaje se lo apropiaban los judíos. Se jactaban de que Dios era su maestro. Pero Jesús demostró cuán vano era este aserto; porque dijo: “Todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí.” Únicamente por Cristo podían ellos recibir un conocimiento del Padre. La humanidad no podía soportar la visión de su gloria. Los que habían aprendido de Dios habían estado escuchando la voz del Hijo, y en Jesús de Nazaret iban a reconocer a Aquel a quien el Padre había declarado por la naturaleza y la revelación.

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.” Por medio del amado Juan, que escuchó estas palabras, el Espíritu Santo declaró a las iglesias: “Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida.”⁷ Y Jesús dijo: “Yo le resucitaré en el día postrero.” Cristo se hizo carne con nosotros, a fin de que pudiésemos ser espíritu con él. En virtud de esta unión hemos de salir de la tumba, no simplemente como manifestación del poder de Cristo,

sino porque, por la fe, su vida ha llegado a ser nuestra. Los que ven a Cristo en su verdadero carácter, y le reciben en el corazón, tienen vida eterna. Por el Espíritu es como Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el principio de la vida eterna.

Al hablar con Cristo, la gente se había referido al maná que sus padres comieron en el desierto, como si al suministrar este alimento se hubiese realizado un milagro mayor que el que Jesús había hecho; pero él les demuestra cuán débil era este don comparado con las bendiciones que él había venido a otorgar. El maná podía sostener solamente esta existencia terrenal; no impedía la llegada de la muerte, ni aseguraba la inmortalidad; mientras que el pan del cielo alimentaría el alma para la vida eterna. El Salvador dijo: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y son muertos. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él comiere, no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre.” Cristo añadió luego otra figura a ésta. Únicamente muriendo podía impartir vida a los hombres, y en las palabras que siguen señala su muerte como el medio de salvación. Dice: “El pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.”

Los judíos estaban por celebrar la Pascua en Jerusalén, en conmemoración de la noche en que Israel había sido librado, cuando el ángel destructor hirió los hogares de Egipto. En el cordero pascual, Dios deseaba que ellos viesan el Cordero de Dios, y que por este símbolo recibiesen a Aquel que se daba a sí mismo para la vida del mundo. Pero los judíos habían llegado a dar toda la importancia al símbolo, mientras que pasaban por alto su significado. No discernían el cuerpo del Señor. La misma verdad que estaba simbolizada en la ceremonia pascual, estaba enseñada en las palabras de Cristo. Pero no la discernían tampoco.

Entonces los rabinos exclamaron airadamente: “¿Cómo puede éste darnos su carne a comer?” Afectaron comprender sus palabras en el mismo sentido literal que Nicodemo cuando preguntó: “¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?”⁸ Hasta cierto punto comprendían lo que Jesús quería decir, pero no querían reconocerlo. Torciendo sus palabras, esperaban crear prejuicios contra él en la gente.

Cristo no suavizó su representación simbólica. Reiteró la verdad con lenguaje aun más fuerte: “De cierto, de cierto os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.”

Comer la carne y beber la sangre de Cristo es recibirle como Salvador personal, creyendo que perdona nuestros pecados, y que somos completos en él. Contemplando su amor, y espaciándonos en él, absorbiéndolo, es como llegamos a participar de su naturaleza. Lo que es el alimento para el cuerpo, debe serlo Cristo para el alma. El alimento no puede beneficiarnos a menos que lo comamos; a menos que llegue a ser parte de nuestro ser. Así también Cristo no tiene valor para nosotros si no le conocemos como Salvador personal. Un conocimiento teórico no nos beneficiará. Debemos alimentarnos de él, recibirle en el corazón, de tal manera que su vida llegue a ser nuestra vida. Debemos asimilarlos su amor y su gracia.

[354] Pero aun estas figuras no alcanzan a presentar el privilegio que es para el creyente la relación con Cristo. Jesús dijo: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.” Como el Hijo de Dios vivía por la fe en el Padre, hemos de vivir nosotros por la fe en Cristo. Tan plenamente estaba Jesús entregado a la voluntad de Dios que sólo el Padre aparecía en su vida. Aunque tentado en todos los puntos como nosotros, se destacó ante el mundo sin llevar mancha alguna del mal que le rodeaba. Así también hemos de vencer nosotros como Cristo venció.

¿Somos seguidores de Cristo? Entonces todo lo que está escrito acerca de la vida espiritual, está escrito para nosotros, y podemos alcanzarlo uniéndonos a Jesús. ¿Languidece nuestro celo? ¿Se ha enfriado nuestro primer amor? Aceptemos otra vez el amor que nos ofrece Cristo. Comamos de su carne, bebamos de su sangre, y llegaremos a ser uno con el Padre y con el Hijo.

Los judíos incrédulos se negaron a ver otra cosa sino el sentido más literal de las palabras del Salvador. Por la ley ritual se les prohibía probar la sangre, y ahora torcieron el lenguaje de Cristo hasta hacerlo parecer sacrílego, y disputaban entre sí acerca de él.

Muchos, aun entre los discípulos dijeron: “Dura es esta palabra: ¿quién la puede oír?”

El Salvador les contestó: “¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del hombre que sube donde estaba primero? El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida.”

La vida de Cristo, que da vida al mundo, está en su palabra. Fue por su palabra como Jesús sanó la enfermedad y echó los demonios; por su palabra calmó el mar y resucitó los muertos; y la gente dió testimonio de que su palabra era con autoridad. El hablaba la palabra de Dios, como había hablado por medio de todos los profetas y los maestros del Antiguo Testamento. Toda la Biblia es una manifestación de Cristo, y el Salvador deseaba fijar la fe de sus seguidores en la Palabra. Cuando su presencia visible se hubiese retirado, la Palabra sería fuente de poder para ellos. Como su Maestro, habían de vivir “con toda palabra que sale de la boca de Dios.”⁹

Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, nuestra vida espiritual es sostenida por la palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir alimento, así hemos de recibir la Palabra por nosotros mismos. No hemos de obtenerla simplemente por medio de otra mente, Debemos estudiar cuidadosamente la Biblia, pidiendo a Dios la ayuda del Espíritu Santo a fin de comprender su Palabra, Debemos tomar un versículo, y concentrar el intelecto en la tarea de discernir el pensamiento que Dios puso en ese versículo para nosotros. Debemos espaciarnos en el pensamiento hasta que venga a ser nuestro y sepamos “lo que dice Jehová.”

[355]

En sus promesas y amonestaciones, Jesús se dirige a mí. Dios amó de tal manera al mundo, que dió a su Hijo unigénito, para que, creyendo en él, yo no perezca, sino tenga vida eterna. Lo experimentado según se relata en la Palabra de Dios ha de ser lo que yo experimente. La oración y la promesa, el precepto y la amonestación, son para mí. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí.”¹⁰ A medida que la fe recibe y se asimila así los principios de la verdad, vienen a ser parte del ser y la fuerza motriz de la vida.

La Palabra de Dios, recibida en el alma, amolda los pensamientos y entra en el desarrollo del carácter.

Mirando constantemente a Jesús con el ojo de la fe, seremos fortalecidos. Dios hará las revelaciones más preciosas a sus hijos hambrientos y sedientos. Hallarán que Cristo es un Salvador personal. A medida que se alimenten de su Palabra, hallarán que es espíritu y vida. La Palabra destruye la naturaleza terrenal y natural e imparte nueva vida en Cristo Jesús. El Espíritu Santo viene al alma como Consolador. Por el factor transformador de su gracia, la imagen de Dios se reproduce en el discípulo; viene a ser una nueva criatura. El amor reemplaza al odio y el corazón recibe la semejanza divina. Esto es lo que quiere decir vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Esto es comer el Pan que descendió del cielo.

[356] Cristo había pronunciado una verdad sagrada y eterna acerca de la relación entre él y sus seguidores. El conocía el carácter de los que aseveraban ser discípulos suyos, y sus palabras probaron su fe. Declaró que habían de creer y obrar según su enseñanza. Todos los que le recibían debían participar de su naturaleza y ser conformados según su carácter. Esto entrañaba renunciar a sus ambiciones más caras. Requería la completa entrega de sí mismos a Jesús. Eran llamados a ser abnegados, mansos y humildes de corazón. Debían andar en la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario, si querían participar en el don de la vida y la gloria del cielo.

La prueba era demasiado grande. El entusiasmo de aquellos que habían procurado tomarle por fuerza y hacerle rey se enfrió. Este discurso pronunciado en la sinagoga—declararon,—les había abierto los ojos. Ahora estaban desengañados. Para ellos, las palabras de él eran una confesión directa de que no era el Mesías, y de que no se habían de obtener recompensas terrenales por estar en relación con él. Habían dado la bienvenida a su poder de obrar milagros; estaban ávidos de verse libres de la enfermedad y el sufrimiento; pero no podían simpatizar con su vida de sacrificio propio. No les interesaba el misterioso reino espiritual del cual les hablaba. Los que no eran sinceros, los egoístas, que le habían buscado, no le deseaban más. Si no quería consagrar su poder e influencia a obtener su libertad de los romanos, no querían tener nada que ver con él.

Jesús les dijo claramente: “Hay algunos de vosotros que no creen;” y añadió: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a

mí, si no le fuere dado del Padre.” El deseaba que comprendiesen que si no eran atraídos a él, era porque sus corazones no estaban abiertos al Espíritu Santo. “El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura: y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente.”¹¹ Por la fe es como el alma contempla la gloria de Jesús. Esta gloria está oculta hasta que, por el Espíritu Santo, la fe se enciende en el alma.

Por el reproche público dirigido a su incredulidad, estos discípulos se alejaron aun más de Jesús. Sintieron profundo desagrado y, deseando herir al Salvador y satisfacer la malicia de los fariseos, le dieron la espalda y le abandonaron con desdén. Habían hecho su elección: habían tomado la forma sin el espíritu, la envoltura sin el grano. Nunca habían de cambiar de decisión, porque no anduvieron más con Jesús.

“Su aventador en su mano está, y aventará su era: y allegará su trigo en el alfolí.”¹² Esta fué una de las ocasiones en que se hizo limpieza. Por las palabras de verdad, estaba separándose el tamo del trigo. Porque eran demasiado vanos y justos en su propia estima para recibir reprensión, y amaban demasiado el mundo para aceptar una vida de humildad, muchos se apartaron de Jesús. Muchos están haciendo todavía la misma cosa. El alma de muchos es probada hoy como lo fué la de los discípulos en la sinagoga de Capernaúm. Cuando la verdad penetra en el corazón, ven que su vida no está de acuerdo con la voluntad de Dios. Ven la necesidad de un cambio completo en sí; pero no están dispuestos a realizar esta obra de negarse a sí mismos. Por lo tanto, se aíran cuando sus pecados son descubiertos. Se van ofendidos, así como los discípulos abandonaron a Jesús, murmurando: “Dura es esta palabra: ¿quién la puede oír?”

[357]

La alabanza y la adulación agradarían a sus oídos; pero la verdad no es bienvenida; no la pueden oír. Cuando las muchedumbres siguen y son alimentadas, y se oyen los gritos de triunfo, sus voces claman alabanzas; pero cuando el escrutinio del Espíritu de Dios revela su pecado y los invita a dejarlo, dan la espalda a la verdad y no andan más con Jesús.

Cuando aquellos discípulos desafectos se apartaron de Cristo, un espíritu diferente se apoderó de ellos. No podían ver atractivo alguno en Aquel a quien habían encontrado una vez tan interesante. Buscaron a sus enemigos porque estaban en armonía con su espíritu

y obra. Interpretaron mal las palabras de Jesús, falsificaron sus declaraciones e impugnaron sus motivos. Mantuvieron su actitud, recogiendo todo detalle que se pudiera volver contra él; y fué tal la indignación suscitada por esos falsos informes que su vida peligró.

Cundió rápidamente la noticia de que, por su propia confesión, Jesús de Nazaret no era el Mesías. Y así la corriente del sentimiento popular se volvió contra él en Galilea, como había sucedido el año anterior en Judea. ¡Ay de Israel! Rechazó a su Salvador porque deseaba un conquistador que le diese poder temporal. Deseaba el alimento que perece, y no el que dura para vida eterna.

[358] Con corazón anhelante, Jesús vió a aquellos que habían sido sus discípulos apartarse de él, la Vida y la Luz de los hombres. Al sentir que su compasión no era apreciada, su amor no era correspondido, su misericordia era despreciada, su salvación rechazada, se llenó su corazón de una tristeza inefable. Eran sucesos como éstos los que le hacían varón de dolores, experimentado en quebranto.

Sin intentar impedir a los que se apartaban que lo hicieran, Jesús se volvió a los doce y dijo: “¿Queréis vosotros iros también?”

Pedro respondió preguntando: “Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna—añadió,—y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”

“¿A quién iremos?” Los maestros de Israel eran esclavos del formalismo. Los fariseos y saduceos estaban en constante contienda. Dejar a Jesús era caer entre los que se aferraban a ritos y ceremonias, y entre hombres ambiciosos que buscaban su propia gloria. Los discípulos habían encontrado más paz y gozo desde que habían aceptado a Cristo que en toda su vida anterior. ¿Cómo podrían volver a aquellos que habían despreciado y perseguido al Amigo de los pecadores? Habían estado buscando durante mucho tiempo al Mesías; ahora había venido, y no podían apartarse de su presencia, para ir a aquellos que buscaban su vida y que los habían perseguido por haberse hecho discípulos de él.

“¿A quién iremos?” No podían apartarse de las enseñanzas de Cristo, de sus lecciones de amor y misericordia, a las tinieblas de la incredulidad, a la perversidad del mundo. Mientras abandonaban al Salvador muchos de los que habían presenciado sus obras admirables, Pedro expresó la fe de los discípulos: “Tú eres el Cristo.” Aun el pensar que pudiesen perder esta ancla de sus almas, los llenaba de

temor y dolor. Verse privados de un Salvador, era quedar a la deriva en un mar sombrío y tormentoso.

Muchas de las palabras y las acciones de Jesús parecen misteriosas para las mentes finitas, pero cada palabra y acto tenía su propósito definido en la obra de nuestra redención; cada uno estaba calculado para producir su propio resultado. Si pudiésemos comprender sus propósitos, todo parecería importante, completo y en armonía con su misión.

Aunque no podemos comprender ahora las obras y los caminos de Dios, podemos discernir su gran amor, que está a la base de todo su trato con los hombres. El que vive cerca de Jesús comprenderá mucho del misterio de la piedad. Reconocerá la misericordia que administra reprensión, que prueba el carácter y saca a luz el propósito del corazón.

[359]

Cuando Jesús presentó la verdad escrutadora que hizo que tantos de sus discípulos se volvieran atrás, sabía cuál sería el resultado de sus palabras; pero tenía un propósito de misericordia que cumplir. Preveía que en la hora de la tentación cada uno de sus amados discípulos sería severamente probado. Su agonía de Getsemaní, su entrega y crucifixión, serían para ellos una prueba muy penosa. Si no hubiese venido una prueba anterior, habrían estado relacionados con ellos muchos impulsados solamente por motivos egoístas. Cuando su Señor fuese condenado en el tribunal; cuando la multitud que le había saludado como Rey le silbase y le vilipendiase; cuando la muchedumbre escarnecedora clamase: “Crucifícale;” cuando sus ambiciones mundanales fuesen frustradas, estos egoístas, renunciando a su fidelidad a Jesús habrían abrumado el corazón de los discípulos con una amarga tristeza adicional al pesar y chasco que sentían al ver naufragar sus esperanzas más caras. En esa hora de tinieblas, el ejemplo de los que se apartasen de él podría haber arrasado a otros con ellos. Pero Jesús provocó esta crisis mientras podía por su presencia personal fortalecer todavía la fe de sus verdaderos seguidores.

¡Compasivo Redentor que, en pleno conocimiento de la suerte que le esperaba, allanó tiernamente el camino para los discípulos, los preparó para su prueba culminante y los fortaleció para la aflicción final!

[360]

¹Mateo 8:20.

²Marcos 6:55.

³Juan 1:29.

⁴Deuteronomio 8:3; Jeremías 15:16.

⁵Juan 1:14.

⁶Isaías 54:13.

⁷1 Juan 5:11, 12.

⁸Juan 3:4.

⁹Mateo 4:4.

¹⁰Gálatas 2:20.

¹¹1 Corintios 2:14.

¹²Mateo 3:12.